

LOS PROBLEMAS AXIOLÓGICOS DE LAS SOCIEDADES DE CONOCIMIENTO

-Marià Corbí-

(V Congreso Internacional de Bioética. Universidad de Nueva Granada. Bogotá. 3-5 Noviembre, 2010)

Las sociedades de conocimiento y sus consecuencias

La plena industrialización, la desaparición completa de las sociedades preindustriales y, sobre todo, la aparición y asentamiento de las sociedades de conocimiento han provocado un gran desplazamiento de todas las cuestiones axiológicas y, por consiguiente, también de las cuestiones religiosas y éticas.

Las sociedades de conocimiento no son sociedades sabias, son únicamente sociedades que viven y prosperan creando continuamente conocimientos científicos y tecnológicos. Pueden ser tan necias o más que las sociedades que les precedieron.

Las sociedades de conocimiento son sociedades de innovación continua en ciencias y tecnologías; innovaciones que se extienden a todos los niveles de la vida humana, y que provocan un cambio continuo de la interpretación de la realidad también en todos sus niveles. Las innovaciones científicas van seguidas y acompañadas por innovaciones tecnológicas. Las innovaciones tecnológicas provocan cambios en los modos de trabajar y de organizarse. Los cambios en los modos de organizarse exigen cambios en los sistemas de cohesión, valoración y fines de los grupos.

En las sociedades de conocimiento, también llamadas sociedades de innovación y cambio continuo o sociedades informatizadas, todo cambia continuamente. Se vive y se prospera cambiando y estando dispuestos a cambiar lo sea preciso. Hay que ponderar adecuadamente este hecho: se vive de cambiar.

Una primera consecuencia de la implantación de las sociedades de conocimiento es que una sociedad y un sistema de sobrevivencia de estas características tienen que excluir todo lo que fije, por consiguiente *tendrán que alejarse de las creencias* tanto religiosas como laicas. Hay que advertir aquí qué entendemos por creencias: entendemos por “creencias” las formulaciones que son intocables porque son reveladas por Dios o dictadas por la naturaleza de las cosas.

Las sociedades de conocimiento deben excluir este tipo de creencias, tanto las religiosas como las laicas; en cambio no excluyen, ni pueden hacerlo, aquellas creencias que son meros supuestos acrílicos, por más arraigados que sean. Las sociedades de conocimiento serán sociedades sin creencias en el sentido riguroso, pero no sin supuestos acrílicos, por el contrario abundarán.

Segunda consecuencia: en estas sociedades somos conscientes de que nada nos es dado ni por los dioses ni por naturaleza misma de las cosas; nada, ni nuestros sistemas axiológicos, ni nuestros proyectos colectivos, ni nuestras normas de comportamiento. Todo nos lo tenemos que construir nosotros, a propio riesgo, al ritmo de las continuas transformaciones de las ciencias y las tecnologías y sus consecuencias. *Nada es heterónimo, todo es autónomo.*

Tercera consecuencia es una *profunda transformación de nuestra epistemología*. Para todos los seres vivientes lo que les dicta su programa genético es como es la

realidad. Los símbolos, mitos y rituales, con los que se programaban las sociedades preindustriales, prolongaron esta interpretación. Lo que enunciaban sus sistemas míticos de programación era la forma de ser de la realidad, tanto de este mundo como del otro.

El cambio acelerado de las ciencias y tecnologías, de los modos de vida, la globalización que ha puesto unos sistemas míticos que se proclamaban exclusivos junto a otros que también lo hacían, han creado una nueva conciencia, explícita o implícita, de que las realidades no son como dicen nuestros mitos y símbolos, que esas grandes construcciones simbólicas no describen la realidad sino que sólo la modelan a la medida de nuestras necesidades, según nuestros modos preindustriales de vida. Hemos cumplido durante milenios la ley general de los vivientes que es dar por real lo que dicen nuestros programas, en nuestro caso, ya no genéticos sino culturales.

La aceleración de los cambios nos ha posibilitado que pudiéramos comprender que habíamos estado operando con un tipo de epistemología que con justicia se le debe llamar mítica, porque arrancó de los mitos. No es que nosotros seamos más sabios que nuestros antepasados, son los nuevos modos de vida los que nos han llevado a comprender nuestro error. El tiempo de la epistemología mítica concluyó.

Los sistemas mítico-simbólicos y rituales de las sociedades preindustriales no pretendían describir las realidades a las que aludían, sino modelar todas las realidades con las que nos topamos los humanos, darles una acotación, una forma, una objetivación y valoración que sea adecuada a la forma de vivir de los grupos.

Los humanos cuando se encuentran con la inmensidad de lo que les rodea y con ellos mismos, tienen que hacer un filtraje, una simplificación, una acotación, objetivación y valoración adecuada a su forma de vivir, para poderse manejar con todo ello y sobrevivir, según un modo determinado de vida preindustrial. Así proceden también las restantes especies animales, aunque no lo hagan culturalmente sino genéticamente.

En el caso humano, el filtraje lo empieza realizando la estructura de nuestros sentidos, de nuestro cuerpo y sus posibilidades de acción, de nuestro cerebro y de todo nuestro sistema nervioso, y lo continúa haciendo la cultura a través de los mitos, símbolos y rituales, finalmente lo concluye nuestra herencia familiar. Así funcionaban las sociedades preindustriales.

Lo que todo nuestro organismo y nuestras estructuras culturales hacen es simplificar, filtrar, modelar la realidad que nos rodea y que nosotros somos, para que no nos aterre y para que nuestra pequeñez pueda manejarse con ella convenientemente y sobrevivir.

Ninguna de nuestras estructuras mitológicas y simbólicas tiene la pretensión de describir la realidad como en ella misma es. Tampoco las estructuras de los restantes animales tiene esa pretensión. Eso no tendría utilidad para nosotros y, con toda seguridad nos aterraría. Ni las posibilidades de nuestros cuerpos ni las de nuestros sentidos, ni las de nuestro cerebro, ni las de nuestras lenguas llegan a tanto, ni se han construido para eso.

Las estructuras míticas, simbólicas y rituales con las que hablan las tradiciones religiosas, las sagradas escrituras y los grandes maestros del espíritu, ni pretenden, ni pueden describir la realidad, sólo la modelan conforme a un modo de vida. Y cuando hablan de la dimensión absoluta de lo real, sólo pretenden sugerirla, apuntarla, expresarla en la medida de lo posible.

La epistemología mítica partía de la una interpretación de la lengua. Arrancaba de la idea de que a nuestras palabras les correspondían realidades, fueran objetos o sujetos, tal como las describían las palabras. La lingüística ya hace más de medio siglo

que nos enseñó que las lenguas modelan la realidad, cada una a su manera, no la describen.

La epistemología mítica ya no regresará jamás. Las religiones y tradiciones culturales debieran anotar esto seriamente y actuar en consecuencia. Quien pretenda dirigirse a los hombres de las nuevas sociedades hablando desde esa epistemología, no podrá ser tomado en serio.

Si esos que hablan desde la epistemología mítica consiguen que haya gentes que les escuchen, y esas gentes pertenecen a las nuevas sociedades, hacen con ello un mal servicio a los hombres y mujeres que les acogen y a la sociedad en su conjunto. Otra es la situación de las sociedades en vías de desarrollo científico, técnico e industrial, y también es otra la situación de las sociedades subdesarrolladas. En esas situaciones no hay que desvalorizar ni atacar a la epistemología mítica, sin embargo hay que preparar para su hundimiento, porque la carcoma ya está en los postes centrales que sostiene las grandes edificaciones míticas, religiosas y culturales del pasado.

El hundimiento de la milenaria epistemología mítica tiene enormes consecuencias para la religión, para la espiritualidad, los sistemas de valores colectivos y los sistemas de comportamientos colectivos e individuales.

La cuarta consecuencia de la aparición de las nuevas sociedades es que *nos fuerzan también a revisar nuestra antropología*.

Hemos de partir de nuestra condición de vivientes que hablan. No podemos partir ni de creencias religiosas –el ser humano es cuerpo y espíritu–, ni laicas –es un animal racional–. Hemos de partir de los datos de nuestra peculiar condición animal.

Los restantes animales, nuestros hermanos, parten de una estructura binaria: un cuadro de necesidades, en un medio modelado desde esas necesidades. La naturaleza de los animales viene determinada genéticamente, con pequeños márgenes de aprendizaje en algunos de ellos.

Los humanos tenemos una estructura ternaria: núcleo de necesidades, lengua, y medio donde satisfacer esas necesidades. Tenemos unos rasgos determinados genéticamente: nuestro organismo, nuestra condición simbiótica, nuestra condición sexuada y nuestra competencia lingüística; pero no tenemos determinado ningún “cómo” de esas posibilidades. Por consiguiente, nuestra dotación genética no nos hace animales viables, si no es contando con nuestras construcciones culturales mediante la lengua. Hablando entre nosotros construimos todos nuestros “cómo” y nos dotamos de una naturaleza viable.

No tenemos una naturaleza fijada, sino que hablando debemos crearnos sistemas de modelación de la realidad que completen nuestra indeterminación genética. A esas formas de hacernos vivientes viables mediante un habla constitucional, le llamaremos programa colectivo, que funciona a la manera de un software colectivo capaz de autocorregirse.

Otro dato importante de nuestra antropología –se trata de un dato, no de una interpretación– es *nuestro doble acceso a la realidad*. Nuestro acceso a la realidad está siempre mediatizado por la lengua. La lengua constituye una especie de pantalla entre nosotros y la realidad. Ella filtra y modela la realidad. Ella nos permite distinguir entre lo que es el significado de las cosas, las realidades en relación a nuestra condición de vivientes necesitados y lo que es la realidad independiente de su relación a nosotros.

Lo que sería el estímulo animal, el significado de las realidades, directa o indirectamente, para la vida de los humanos, se arranca de la cosa de la que parte el estímulo y se adhiere a una estructura fonológica. Así se forma la unidad lingüística

formada por significante, significado y referencia a aquello de lo que habla el significado. Esta estructura lingüística permite distinguir entre el significado que las realidades tiene para nosotros los humanos y las realidades mismas.

Esta diferencia entre el significado para nosotros de las realidades y las realidades mismas es lo que llamamos “distancia objetiva”. La distancia objetiva nos proporciona un doble acceso a la realidad, una relativa a nuestras necesidades y otra absoluta, no en un sentido religioso, sino en cuanto no relativa a nuestras necesidades. Este doble acceso a la realidad nos proporciona lo que podríamos llamar una *doble experiencia de la realidad*.

Este doble acceso a la realidad es nuestra cualidad específica como vivientes; gracias a ella no estamos fijados a un modo de vida, sino que podemos cambiarlo cuando las circunstancias lo requieran.

Distinguir entre las realidades mismas y el significado que tienen para nosotros, nos permite cambiar esas significaciones cuando sea preciso. El doble acceso a la realidad, fruto de nuestra condición lingüística, es la raíz de nuestra flexibilidad como especie. Esa flexibilidad es nuestra ventaja competitiva en relación a las restantes especies, ventaja que hemos sabido explotar hasta poner en peligro de extinción a muchas especies.

Somos vivientes que hablan, con doble acceso a la realidad. Gracias a ese doble acceso podemos hacer cambios radicales en nuestras formas de vida, tan radicales como los cambios de especie en los restantes animales.

También gracias a ese doble acceso a lo real nos queda abierta una puerta para adentrarnos en la dimensión absoluta de lo real. Ese acceso es el que exploran las artes, algunas formas de saber, las religiones y la espiritualidad.

El acceso absoluto a la realidad está siempre presente, por los rasgos de nuestra estructura lingüística, aunque no siempre esté explícito y consciente. Si no fuera así, cultural o individualmente, nuestra flexibilidad se vería amenazada, con lo cual pondríamos en riesgo nuestra cualidad específica como vivientes.

Consideremos brevemente la relación entre los sistemas de programación colectiva y la religión. La programación colectiva de las sociedades preindustriales se hacía mediante mitos, símbolos y rituales. Cada tipo de sociedad preindustrial tenía sus propios mitos, símbolos y rituales. Mediante esos sistemas de programación se completaba la indeterminación genética de nuestra especie. Como prolongación de la programación genética daban por real lo que decían las narraciones sagradas, los símbolos y los mitos. Vivían esas formas de programación desde la epistemología mítica.

Los mitos, símbolos y rituales no describían la realidad, sino que la modelaban según el tipo de sociedad preindustrial. Debían modelar las dos dimensiones de nuestro acceso a la realidad. Hablaban de la dimensión relativa a nuestras necesidades y de la dimensión absoluta, no relativa a nuestras necesidades. Los mismos patrones o paradigmas que servían para modelar su vida cotidiana, modelaban también la dimensión absoluta.

Los sistemas de programación colectiva a través de mitos, símbolos y rituales cumplían, pues, una doble función: modelar el medio en el que se sobrevivía, según el modo de sobrevivencia, y modelar la dimensión absoluta de lo real. *La conjunción de esta doble función de modelación, propio de las sociedades preindustriales, regidas por el mismo patrón o software, es lo que se llamó religión.*

La religión será, pues, el modo de representar y vivir la dimensión absoluta de lo real propio de las sociedades preindustriales y estructurado por los mismos patrones o

paradigmas con los que se construía la cotidianidad. Por consiguiente, la religión, así entendida, lógicamente desaparecerá con la desaparición de las sociedades preindustriales. Así parece estar ocurriendo.

Por lo dicho se comprenderá que la religión está también interpretada desde la epistemología mítica, que entra en crisis con la plena industrialización y con las sociedades de conocimiento.

Quinta consecuencia: Las sociedades de conocimiento nos llevan a comprender que nuestros sistemas de programación, tanto los míticos como los ideológicos, propios de la primera industrialización, no nos vienen de fuera, ni de los dioses, ni de la naturaleza misma de las cosas, *no son heterónomos, sino autónomos*, nos los tenemos que construir nosotros mismos, a nuestro propio riesgo y sin ninguna garantía exterior. Por consiguiente, si queremos que los sistemas de programación que construyamos sean de calidad, tendremos que poseer nosotros mismos esa calidad.

Las sociedades preindustriales eran estáticas porque vivían larguísimos períodos de tiempo haciendo fundamentalmente lo mismo. Sus patrones de vida, expresados en mitos, símbolos y rituales, que se consideraban revelados por los dioses y los antepasados sagrados, excluían todo cambio; por consiguiente, se decidía el presente y el futuro repitiendo el pasado. En las nuevas sociedades no se puede repetir el pasado, hay que diseñar el futuro para, desde él, decidir el presente.

Durante miles de años se vivió los proyectos colectivos como venidos de fuera, con garantía divina, como heterónomos, aunque en realidad también fueran construidos a lo largo de centenares de años. Ahora nos vemos forzados a comprender que nuestros proyectos colectivos no vienen de fuera, sino que nos los construimos nosotros y no tienen ninguna garantía externa a nosotros mismos.

En las sociedades preindustriales los criterios de calidad humana venían fijados por el pasado y estaban fijados porque servían a sociedades estáticas. En las sociedades de conocimiento y cambio continuo la calidad humana tendrá que poderse plantear y cultivar con una actitud vacía de contenidos; tiene que poderse caracterizar y practicar con autonomía, independencia y libertad de cualquiera de las concreciones cambiantes de los contenidos, porque se trata de una calidad que ha de regir la evolución constante de las sociedades y modos de vida.

Las sociedades de conocimiento, que sólo pueden tener valores como postulados, que se presentarán como matrices abiertas a posteriores concreciones, necesitarán poder cultivar la calidad humana vacía de contenidos, de lo contrario, en una sociedad que cambia continuamente todos sus parámetros de vida, la calidad humana sería imposible.

Hemos de afrontar el problema de la construcción de individuos dotados de calidad humana que, a diferencia de cómo se han edificado hasta ahora, no podrán apoyarse ni en creencias, religiosas o laicas, ni en contenidos, sean del tipo que sean, ya construidos y heredados del pasado. Dicho con brevedad: habrá que ser capaz de construir individuos de una calidad humana que no se fundamente en ningún tipo de contenidos; una calidad humana vacía de contenidos. ¿Es eso posible?

Calidad humana vacía de contenidos

Vamos a intentar caracterizar brevemente una calidad humana que sea vacía de contenidos, por tanto, laica y sin pertenencia ideológica.

La calidad humana, se presente donde se presente, tendrá que tener tres tipos de rasgos fundamentales, que no son ni contenidos ni criterios.

Primer rasgo: interés por la realidad un interés mental y sensitivo cuando más intenso y apasionado, mejor, a ser posible sin condiciones; un interés unido a una atención despierta en estado de alerta. Tanto el interés como la alerta deben ser agudos y continuados, cuanto más mejor.

Segundo rasgo: capacidad de distancia de las realidades por las que estoy interesado; una distancia que es desapego, desimplicación, y eso en el mismo acto de interesarme profundamente por la realidad en un completo estado de alerta. Esa distancia y desapego comportan una desidentificación de uno mismo y de la situación en la que se encuentre. Por la distancia, el desapego y la desidentificación, el ego, sus temores y deseos quedan olvidados y silenciados.

Se cultiva la *distancia + el desapego + la desidentificación* no porque nos sea indiferente la realidad que consideramos y a la que nos volcamos con toda la capacidad de nuestras facultades, sino precisamente porque esa realidad nos interesa profundamente. Sin distancia, sin desapego y sin desidentificación de la situación y de nosotros mismos no podemos hacer justicia a la realidad que se nos presenta.

Los caracteres de este segundo rasgo de la calidad son hijos del amor y la pasión por la verdad y la realidad.

Tercer rasgo: capacidad de silenciamiento interior completo. Hemos de hacernos capaces de silenciar por completo nuestras interpretaciones habituales, nuestras valoraciones habituales de la realidad; capaces de parar por completo nuestras formas habituales de actuar; capaces de poner entre paréntesis completo lo que son nuestras normas, de hecho intocadas, de vivir.

Sólo este silenciamiento completo de nuestros patrones de lectura, valoración, actuación y de vida puede permitirnos el acercamiento limpio, franco y desinteresado a la realidad. Sólo apartando de nuestra mente y de nuestro sentir todos esos patrones que modelan desde nosotros mismos la realidad, le damos la posibilidad de que se nos muestre sin nuestras interferencias.

El resultado de la suma de estos tres rasgos es una actitud de total y completo interés por la realidad, en agudo estado de alerta, con la distancia, el desapego y el silenciamiento interior completo para que bloqueen las interferencias que puedan impedir a la realidad decírsenos desde sí misma.

Estos tres tipos de rasgos que definen la calidad humana son inseparables. Si falta uno de ellos, sea el que sea, la calidad no se dará.

A este paquete de rasgos, internamente articulados, le llamaremos *calidad humana, o método laico de silenciamiento*. La calidad humana y el silenciamiento, se presenten donde se presenten, tendrán que tener esos rasgos, con su trabazón interna. Donde se den esos rasgos, sea en el cultivo de las ciencias, en el de las artes, en el de las actitudes axiológicas humanas o en las religiosas, se dará calidad. Donde no se den, no habrá calidad. Dicho de otra forma: donde nos veamos forzados a tener que reconocer calidad humana, sea en el ámbito que sea, estarán claramente reconocibles esos rasgos. Si no están, podremos apostar que no habrá calidad, aunque pueda parecerlo.

La calidad humana es una actitud que se asemeja más a un método que a un conjunto de contenidos. Es una actitud vacía, un método vacío de contenidos, pero concreto. Es como un espíritu, una actitud y una aptitud. Ese método es general y aplicable a todos los ámbitos de la vida de los hombres. Puede, además aplicarse con fines pragmáticos o, por el contrario, sin finalidad alguna, por puro interés y amor a la realidad.

Los rendimientos de esa actitud o método en el que consiste propiamente la calidad humana son siempre grandes, tanto en su utilización para la mejor supervivencia

de los hombres, como en su utilización para adentrarse, explorar y vivir el enigma, la riqueza y la profundidad de la inmensidad de la realidad que nos rodea y nosotros mismos somos.

Los rasgos de esta calidad vacía son, en realidad, los rasgos generales del silencio, y son también los rasgos de la auténtica investigación científica. Cuando hablamos de silencio no estamos hablando de una actitud de simple pacificación, tranquilización, ni menos de aletargamiento; estamos hablando de una actitud capaz de generar el conocimiento, la implicación mental y sensitiva con la realidad. Este es el significado que se le da al silencio y al silenciamiento en todas las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad.

La capacidad de nuestra especie de callar por completo una determinada interpretación y valoración de la realidad, -que es siempre construcción cultural y no genética-, para sustituirla por otra más adecuada a la situación, *es el recurso fundamental de nuestra especie.*

Tener doble experiencia de la realidad equivale a tener la capacidad de silencio radical como parte esencial de nuestra estructura antropológica. Los animales no tienen esa posibilidad, precisamente por su programación genética. Por esa doble experiencia de la realidad tenemos la capacidad de silenciar por completo una forma de vivir y crear otra más adecuada.

La doble experiencia de la realidad y su consecuencia, la posibilidad de silencio radical, es la condición de nuestra flexibilidad, la característica específica de nuestra condición humana.

Por consiguiente, *calidad humana es doble experiencia de la realidad tematizada y cultivada explícitamente.*

Lo que nuestros antepasados llamaron “espiritualidad” es la calidad humana profunda que comporta la doble experiencia de la realidad más el intento de adentrarse mar adentro en la experiencia de la dimensión absoluta de lo real.

Cuanto más calidad humana profunda haya, más calidad humana habrá y más apto se será para solventar los problemas de la vida cotidiana, más sano se será psíquicamente (sin los nudos en los deseos/temores y expectativas que provocan las enfermedades psíquicas) más libre se será y más apto para las sociedades de conocimiento y cambio.

Nuestro *doble acceso a la realidad*, la capacidad que de ese hecho se sigue, que es practicar el *interés sin condiciones (I)*, el *distanciamiento y desapego (D)* y el *completo silenciamiento (S)* y la capacidad de silencio radical como recurso básico de nuestra especie, posibilitan tres importantes actitudes axiológicas íntimamente relacionadas entre sí:

-la capacidad de personas y grupos para *sentir las realidades en su mismo existir*, para ponderarlas, para valorarlas en ellas mismas;

-*la capacidad de compromiso social* de personas y grupos,

-*y la capacidad ética* de las personas y grupos.

La primera de estas tres capacidades, la de *sentir las realidades en su mismo existir* es la base de las otras dos, de la ética y del compromiso social. Ética y compromiso social son ramas de esa misma raíz común imprescindible.

Una *ética* que no naciera como fruto del sentir las cosas en ellas mismas, sería una ética de preceptos, de obligaciones, de formas rígidas; estaría falta de calor humano. Si a la ética le falta el calor humano se hace dura y cruel.

Algo parecido le ocurre al *compromiso social*. Si el compromiso social no nace del calor del sentir a los otros en su mismo existir, es voluntarioso, rígido, invadido por la inflexibilidad ideológica.

En las épocas de las sociedades preindustriales estáticas, que bloqueaban el cambio (aunque el bloqueo no fuera más que en los ejes centrales de la estructura de esas sociedades), podía olvidarse el cultivo de la sensibilidad para insistir en la actitud ética y el compromiso social. Podía cometerse ese error porque las normas éticas no cambiaban, ni cambiaban los patrones que definían el compromiso social; las gentes podían regirse sólo por las normas.

En la época de las sociedades de conocimiento e innovación, nada hay que tenga formas estables, tampoco las normas éticas o los criterios del compromiso social. Por ello, en las sociedades de innovación habrá que insistir profundamente en el cultivo de la sensibilidad; habrá que trabajar duro para que todos los miembros de las organizaciones adquieran la capacidad de sentir cosas y personas desde ellas mismas, para que todos adquieran la capacidad de apreciar y valorar las realidades que nos rodean. Ya no basta con respetar las normas, porque cambian, se precisa de una calidad humana capaz de sentir las cosas en su propio existir. Ese sentir es el que genera el espíritu ético y la actitud de compromiso.

Cuando los individuos y los grupos tengan esa capacidad, serán aptos para dar las respuestas éticas que se requieran en cada una de las circunstancias de las sociedades cambiantes; serán aptos para discernir qué formas deba adoptar el compromiso social en cada caso.

La construcción de los sistemas axiológicos colectivos

Veamos ahora el sistema de construcción explícita de los sistemas axiológicos en las sociedades de conocimiento.

En las sociedades de innovación y cambio continuo en todos los órdenes de la vida colectiva e individual, los sistemas de valores, los sistemas de programación diríamos nosotros, deberán construirse explícitamente. Debemos investigar cómo se articulan y cómo se construyen.

1°. Primero habrá que partir del reconocimiento de nuestra condición antropológica: no tenemos una naturaleza fijada genéticamente que nos hiciera animales viables, tenemos que construirla culturalmente. A este dato base le acompaña otro dato: tenemos un doble acceso a la realidad, uno relativo a nuestras necesidades y otro absoluto. La conciencia de estos dos datos debe ser la base de todas nuestras construcciones.

2°. Desde esa base habrá que construir *los grandes postulados axiológicos*, vacíos de concreción, que postulen qué queremos hacer de nuestra vida en la tierra y de la tierra misma, teniendo en cuenta las posibilidades y limitaciones que nos imponen nuestras ciencias y tecnologías en continuo desarrollo. Estos grandes postulados son como grandes matrices axiológicas que generarán todos los niveles de proyectos posteriores; son propuestas a las que los pueblos e individuos se tendrán que adherir libremente. Ahí estarían situados los derechos humanos.

Abarcarán todos los aspectos de la vida humana, las relaciones con la naturaleza, todo lo referente a la calidad humana, en relación a dimensión relativa de la realidad y todo lo referente a la calidad humana profunda, en relación a la dimensión absoluta de la realidad.

Estos postulados o matrices tendrán que ser globales, es decir, no sólo nacidos desde Occidente, desde su individualismo y desde su tradición judeo-cristiana, sino que tendrán que incluir la manera de ser de la cultura china, de la árabe-musulmana, de la india, de la africana, etc.

3°. Luego habrá que construir normas orientadoras para concretas esos postulados matriciales en proyectos más concretos. Esas normas orientadoras serán a su vez proyectos, pero todavía muy matriciales. Hay proyectos a muy diverso nivel. Podría decirse que se trata todavía de proyectos muy generales, como podrían ser el proyecto de la Unión Europea, o el de la unidad de los Estados Americanos del Sur, etc.

4°. A continuación viene la creación de proyectos aplicables a planos más concretos, como pudieran ser las constituciones de un país, de una organización, de una empresa, etc.

5°. El paso siguiente es la creación de normativas concretas para que el proyecto funcione: leyes, principios de comportamiento.

6°. Sigue la creación de sistemas de comportamiento de acuerdo a esas leyes, normas y principios. La ética se sitúa en cada uno de los grados de concreción y especialmente en el último.

Todo el conjunto no depende de principios heterónomos sino de creaciones colectivas autónomas, siempre generados por los proyectos y por las matrices axiológicas de esos proyectos que son los postulados generales axiológicos.

Todo tenemos que construirnoslo nosotros mismos, sin ninguna ayuda externa. Lo que nosotros mismos nos construimos, no generan creencias ni religiosas ni laicas (en el sentido estricto de la palabra, sí en el sentido lato, como supuestos acrílicos). La conciencia de su carácter de constructos nos aleja de toda posible sacralidad e intocabilidad.

La nueva sociedad es una sociedad enteramente laica y sin sacralidad. Que carezca de sacralidad no quiere decir que sea una sociedad cerrada a toda dimensión que no sea pragmática, que sea sorda a la invitación al camino interior; significa únicamente que son sociedades en las que ya no están vigentes las milenarias categorías de “sagrado/profano”.

Las antiguas construcciones sociales y culturales preindustriales podrían compararse a edificaciones con grandes vidrieras por donde penetraba la luz de las dimensiones del silencio y la gratuidad. En esas edificaciones había vidrieras por donde entraba la luz –lugares sagrados-, y paredes opacas con rincones más o menos oscuros –lugares profanos-. Las nuevas edificaciones culturales no tienen ese tipo de vidrieras, pero no bloquean la salida a la luz exterior. Desde su seno, desde cualquier lugar del edificio se puede salir a la luz.

En sociedades de conocimiento habrá que estar vigilantes a los cambios que exijan la continua transformación de los modos de vivir provocados por las ciencias y tecnologías, siempre cambiantes, y sus consecuencias en la creación siempre nueva de productos y servicios. Los proyectos colectivos tendrán que cambiar con más frecuencia que los postulados axiológicos, porque los primeros son más concretos y los segundos más vacíos. Se tendrá que estar siempre alerta a las correcciones que haya que hacer,

primero a los proyectos de vida colectiva e individuales y segundo a las matrices de esos proyectos. Y este no será sólo un problema de la ONU sino también de Europa, de cada uno de sus países y regiones, de las organizaciones, las empresas y los individuos.

La urgente necesidad de calidad humana y cómo cultivarla en las sociedades de conocimiento

El problema de toda esta construcción, siempre en movimiento, está en la *calidad* que se requiere para cada uno de los pasos, empezando por la formulación de los postulados axiológicos. Se requerirá calidad para concretar esos postulados en proyectos. Para proponer postulados axiológicos de calidad se necesitan individuos y colectivos de calidad. Un fuego pintado no calienta; quien no tiene calidad no puede crear calidad. No existen trucos para crear calidad. No hay fórmulas para la calidad, como no las hay para la belleza o la sabiduría. Quien quiera crear calidad, al nivel que sea, tiene que poseerla.

¿Cómo cultivar calidad humana sin los procedimientos religiosos, verificados durante milenios, sin las ideologías, entradas en crisis, y sin epistemología mítica, conscientes de que todo nuestro saber de las cosas es modelación?

La calidad es previa a la íntegra construcción, ¿de dónde sacarla?

Para contestar a esta acuciante cuestión hay que hacer una reflexión previa: las ciencias y las técnicas son instrumentos de unos vivientes para vivir mejor y con más eficacia, pero no tienen la capacidad de convertirse en paradigma cultural, en proyecto colectivo; en ese sentido son completamente estériles, sólo pueden ofrecer información, no valores.

Este asunto es capital, de lo contrario se generan dificultades que surgirán precisamente por no tener esto en cuenta. Se confunde a esos eunucos, que son las ciencias y las técnicas, con el uso que de ellos se hace. Los eunucos están al servicio de su señor y hacen lo que su señor les manda. El señor de las ciencias y las técnicas son los postulados axiológicos que construyamos y los proyectos, que a partir de esas matrices axiológicas, concretemos.

Este asunto hay que reflexionarlo con toda claridad, si no se quiere que unos determinados postulados y proyectos (los neoliberales, por ejemplo) se apropien del poder de las tecnociencias en exclusiva. Hay que distinguir con toda claridad la tecnociencia propia de las sociedades de conocimiento, de los postulados y los proyectos que la utilizan.

No nos queda otra actitud razonable que extraer la calidad que precisamos de la sabiduría acumulada por nuestros antepasados, teniendo muy en cuenta la larga etapa preindustrial de la historia de nuestra estirpe. Esa calidad y los medios de conseguirla se concretó especialmente en las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad. Desde la perspectiva de las sociedades de conocimiento, que no pueden creer ni ser religiosas, son tradiciones de sabiduría. Habrá, pues, que destilar esa sabiduría y los medios para adquirirla de los sistemas de creencias y de los sistemas religiosos en que se expresaron y vivieron. No nos queda otra solución inteligente y seria.

Hay que aprender a heredar ese riquísimo legado universal, sin que ello comporte tener que vivir como ellos vivieron, pensar como pensaron, creer lo que creyeron, sentir como sintieron, actuar y organizarse como ellos lo hicieron. Un proceso semejante ya lo hemos hecho con las artes.

Se puede heredar la sabiduría, calidad y espiritualidad de las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, sin hacerse creyente o religioso. Es preciso que lo hagamos y que concretemos los modos de trabajo que esas tradiciones proponen, han elaborado y verificado durante milenios para adquirir la calidad y la gran calidad, de forma adecuada a nuestras condiciones culturales.

No podemos partir de cero, sería una gran necedad y el despilfarro de una gran riqueza. Tenemos que cultivar esa calidad y espiritualidad para poder gestionar autónomamente, sin heteronomía alguna, las potentes ciencias y tecnologías y el tipo de sociedades que se generan en las condiciones de innovación y cambio continuo.

Esta cuestión es de una gran importancia. No podemos ser tan inconscientes como para desechar un legado tan rico de cultivo de la calidad, cuando más lo necesitamos, por la sola razón de que viene expresado y vivido con unas categorías y comportamientos que ya no pueden ser los nuestros. Lo que hemos hecho con las artes, con la filosofía y otras formas de saber, toca ahora hacerlo con la calidad humana y la espiritualidad.

Si todo es construcción nuestra, ¿estamos abocados a un absoluto relativismo en el que todo postulado y todo proyecto cabe? No, si el fundamento de todas nuestras construcciones es la calidad humana y la profunda calidad humana, propias de nuestro doble acceso a lo real. La calidad no lo acepta todo, como ni la belleza o la verdad.

El cultivo del interés sin condiciones por todo lo real, el distanciamiento y desapego de nuestros intereses y circunstancias, y el silenciamiento completo de nuestros patrones de interpretación, valoración y actuación (IDS) permiten comprender, sentir y vivir a las personas y a todos los seres e incluso las circunstancias, desde su propio existir. Si se actúa desde ahí, ciertamente no todo vale, aunque no se puedan establecer criterios fijados de lo que vale y no vale. Todo ámbito axiológico funciona sin la posibilidad de reducirlo a normas fijadas.

Las tradiciones religiosas de la humanidad y las grandes tradiciones espirituales de Oriente son inmensos depósitos de expresiones simbólicas o no simbólicas de nuestro acceso a la dimensión absoluta de la realidad –por consiguiente, fuentes de libertad y de orientación-, y son, también, grandes depósitos de procedimientos para cultivar IDS.

Sus expresiones y procedimientos son eficaces porque han sido contruidos, tanteados, corregidos y verificados durante milenios.

Toda esa inmensa riqueza está a nuestra disposición, sólo es preciso que aprendamos a leerla y estudiarla sin epistemología mítica, es decir, sin creer que sus narraciones, sus símbolos y sus mitos o los aparatos conceptuales de las tradiciones orientales, pretenden describir la realidad, ni la de este mundo ni la del que ha sido llamado el “otro mundo”.

La crisis de las religiones, crisis mortal en algunas regiones del mundo, y la crisis de las ideologías, ha tenido una consecuencia enormemente positiva: nos fuerza a comprender que la calidad humana y la calidad humana honda se han convertido en imprescindibles para la supervivencia de nuestra especie y de la vida del planeta en las nuevas condiciones culturales provocadas por las sociedades de conocimiento globalizadas.